

San Cono no tiene cura... pero tiene suerte

"Lo ilógico, lo maravilloso, lo conmovedor, en esto tan inesperado de que nos haya brotado de pronto, como un cráter en una llanura, un santo en plena actividad, justo en el medio de la República..."

Salvaje, en "El Diario", junio 2, 1950.

El parecido fundamental entre los santos y los volcanes radica en que la gente les ha ido perdiendo parejo la fe a unos y el miedo a los otros, en virtud de que están casi todos apagados. Por eso, cuando un volcán o un santo se despiertan y entran en actividad, el hombre recupera de pronto toda su metafísica, todo su terror, toda su esperanza. Y el mundo —este triste mundo poblado de cadillacs, de ventajeros de corto alcance, de muebles por cuotas y de arte costado por la propaganda de una fábrica de aceite o de hojas de afeitar— vuelve a cobrar su trágica condición de cosa misteriosa, absurda, desconcertante.

San Fernando de la Florida ha pasado a ser, de centro ganadero y departamental que hasta ayer era, uno de los santuarios del mundo. Las peregrinaciones vendrán desde la otra orilla de los mares dentro de pocos años, con sólo que el 03 se mantenga pujante. Y como a Lourdes o a Santiago de Compostela, las caravanas de lisiados y de mujeres es-

tériles vendrán a buscar cura en la capilla que no lo tiene. Eso es turismo, viejo, y dejáme de festivales de cine ni de carreras de automóviles en Piriápolis.

San Cono italiano

Empecemos por aclarar que San Cono es tan Santo como San Pedro o San Pablo. Figura en el Catálogo de los Santos de los Benedictinos y aunque su última salida al mundo de los milagros arranca de un escándalo en 1946, lo cierto es que San Cono vivió en el siglo XI —plena Edad Media, según atestigua el texto del Prof. Secco Ellauri—. Nacido en Tiggorno, Cono fué célebre por su piedad, su amor a la gente —así fuese quinielera— y su devoción cristiana. De muy niño ingresó en el Convento de Santa María de Cadossa. Y allí, sin bolillero ni niños cantores, empezó a derramar sus milagros. Lo mandaban, por ejemplo, a hacer pan para los demás frailes. Cono iba, prendía el horno y empezaba. Un día, al cabo de muchos, los otros frailes, descubrieron, entre santiguaciones y asombros, que Cono no usaba la pala, para poner y sacar los panes del voluminoso horno. Nada de eso... Entraba personalmente en el horno, y, claro, salía sin quemarse y como si tal cosa.

Esta y otras performances, le valieron que al morir, un 3 de junio cualquiera, cuando apenas llevaba cumplidos los 18 años, la región entera de Diano-Tiggorno empezara a rezar y a reverenciarlo. Poco después, la canonización salió adelante con la misma facilidad milagrosa con que en vida el canonizado había salido del horno.

¿Quién hubiera dicho, digo yo, en aquel siglo XI, que andando el tiempo la capilla de San Cono en este otro extremo de la cristiandad que se llama Uruguay, iba a carecer de cura? Ni cruzada hubieran armado los italianos de la época si eso se hubiera sabido!

San Cono inmigrante

Hace ya más de 70 años, la Colonia italiana de Florida, representada en la emergencia por los también italianos señores Blas Eloy y Franco Pizzani, solicitó de la Junta Económica Administrativa del pueblito la cesión de un solar de la manzana 175, que tenía por frente 21 metros 475 milímetros. Presentada a la Junta el 30 de enero de 1882, la solicitud fué resuelta favorablemente el 10 de febrero de 1883... Estos números conviene darlos porque hoy o mañana pueden salir a la cabeza, combinándose los unos con los otros en apasionantes redoblonas, y no es cosa tampoco de perderselos.

Escriturado a nombre de Blas Eloy y Franco Pizzani el terrenito, la Colonia cumplió con las condiciones impuestas por la Junta: cercar el mismo, construir la capilla, etc. Con la casa ya pronta, como quien dice, los italianos mandaron buscar a San Cono, y como de Italia era difícil, hicieron hacer su imagen en la Argentina, de donde vino en 1885.

En 1892, sin embargo, don Blas se hace traer de Italia una imagen que es la réplica exacta de la que se reverencia en toda la región de Diano Tiggiorno. No había quiniela en la época y hubo que juntar la p'ata a pulso. Y como no alcanzaba, un señor de nombre Pedro Pastorini puso los últimos \$ 350 (me gusta para jugarle uno a los ocho...) Pasan los años y nadie sabe si San Cono hacía o no milagros en esa época. Aunque lo más probable, es que los hiciera a ponchadas, pero sin que se notasen mayormente, porque al fin y al cabo todo era milagroso en aquel poético y fratricida Uruguay de fines de siglo. Hasta que en 1903 (siempre el 03!) sube a la presidencia Don José Batlle y andando el tiempo vamos a dar en la Constitución de 1917, cuyo artículo 5 (no jugarle) consagra la separación de esas dos grandes burocracias que se llaman respectivamente Estado e Iglesia, reconociendo a la segunda la propiedad de todos los templos erigidos en el territorio con fondos del erario nacional.

Don Franco Pizzani pide en 1920 se escriture a nombre de la Iglesia la capilla, pero el Consejo de Florida deniega el pedido. Porque la capillita no era hecha con plata del erario, ni de la iglesia, sino con pesitos sudados uno a uno por los colonos.

El cisma ya se anuncia, pero Pizzani, Eloy y la Iglesia siguen de acuerdo. La capilla depende de la Parroquia de San José, y desde allí, dos veces por año, viene un cura a decir misa. Y todos contentos...

San Cono cismático

El mundo —como a todos consta— empezó a revolverse más y más desde aquella fecha. Al Estado se le muere Batlle, a la Iglesia se le muere Pío XI, el gran papa izquierdista. Y a la Colonia italiana se le mueren don Blas y don Franco. En 1933 se muere también la Constitución del 17.

Lo que en 1920 habían sido dos puntos de vista, pasa a ser en 1946 dos tendencias antagónicas dispuestas a llegar a las manos. Unos quieren que la capilla dependa de la jerarquía eclesiástica. Otros que siga en manos de los descendientes de los colonos. Y en la tumultosa asamblea de éstos últimos, realizada el 13 de enero de 1946 se arma la de Dios es Cristo entre los dos bandos, cuyas cabezas principales ese día son el Padre Miguel, por la Iglesia eterna, y don Héctor Eloy (hijo de D. Blas), por la Italia inmortal.

Se vota y ganan los de D. Héctor. Don Héctor pide entonces que el P. Miguel le entregue las llaves de la capilla. Esto se niega... Lo que viene lo conocemos bien porque, en un reportaje exclusivo al Santo y a sus amigos que tuvimos el honor de escribir hace dos años, nos lo contó el propio Don Héctor. Sus palabras, pronunciadas en medio de la capilla, mientras nos explicaba como un general la distribución que las fuerzas habían tenido aquel día en la batalla, fueron éstas:

--El Padre no quería aflojar las llaves. Entonces yo recurrí a una medida heroica. Que fué la de colocar dos hombres en cada puerta, con expresa consigna de dejar salir a todo el mundo menos al Padre Miguel...

En medio y en manos de tanto siciliano junto, el pobre Padre Miguel habré sentido un poco lo que los primeros cristianos cuando se les arrojaba entre las fieras del circo de Roma. Pero conste, en su honor, que no aflojó. Y que como aquellos mártires de antaño, se mantuvo firme con su fe y con sus llaves. D. Héctor, que tiene toda la sangre del renacimiento en sus venas, optó por la diplomacia y la galantería. Nombró una Comisión de Damas y la envió a parlamentar. Al crepúsculo, y viendo que el P. Miguel era varón inaccesible a las razones constitucionales, se le arrancó la llave de viva fuerza y con ella, dicen algunos, algunos pedazos de sotana también. Y quedó realizado el cisma...

La Iglesia, que es eterna y que lo sabe, se cerró a la banda. Y cuando, días después, la Comisión solicitó la venida de un cura a la Capilla, devolvió la nota con la siguiente constancia al pie:

"Recibida hoy, 7 de marzo de 1946, la presente nota devuélvase a su procedencia por cuanto esta Curia no reconoce ninguna comisión de San Cono formada contraviniendo disposiciones anteriores de la autoridad diocesana, como en el caso, (Fdo.) Pascasio Bresque, Canciller del Obispado". Hay, además, un sello con las armas episcopales, que reza "Obispado de Florida y Melo — Cancillería". Este documento, que el humilde periodista que escribe estas notas vió con sus ojos y tuvo en sus manos, es el símbolo de una disputa cuya definitiva resolución ambas partes han remitido al otro mundo. En éste, y por ahora, llevan la de ganar los colonos italianos, y las de perder la Iglesia y los quinieleros. En la última semana, en efecto, no sólo salió el 03 sino que la Justicia uruguaya denegó la apelación de la Curia contra la sentencia anterior, que le desconoció sus derechos a la capilla...

San Cono uruguayo

Abandonados a sus propias fuerzas —y a sus propios dineros— los colonos, según era de esperar, se hincaron en la capilla a rezar a San Cono les enviase la plata con que sostener su culto. Hacía casi mil años —desde la época del horno— que San Cono no jugaba con fuego. Pero, santo por vocación, decidió la rentrée y se arrojó entre las brasas de la quiniela, tomando partido contra la Curia. Desde entonces, en la zona de influencia de los 3 de junio, el 03 puntea generoso en la tabla de la lotería. San Cono, al quinielizarse, sacó así carta de ciudadanía uruguaya. Como quien dice, es el primer santo de todo el Catálogo de los Benedictinos, que se ha hecho quinielero, batllista, anticlerical, peñalorense e lincha de la camiseta celeste. Y lo ha hecho, volcando en la batalla toda su pasión de italianísimo. Metido a política, San Cono es hoy por hoy el caudillo más fuerte del centro de la República. Como si dijéramos el Cersósimo o el Fernández Crespo de su zona. Se entiende con el pueblo a las mil maravillas y derrama sobre él la lava bienhechora de sus milagros. San Cono no es el Santo antipático al cual se le pueden pedir sólo

cosas serias. San Cono es el Santo comprensivo, que no da tarjetas de recomendación pero que hace milagros en contante y sonante. Milagros líquidos y exigibles, como quien dice...

Año a año, sus fieles lo sacan en procesión —para que vea las casas estupendas que han conseguido hacerse gracias a su generosidad—. Y cuando vuelve a la iglesia, lo hace lleno de billetes de a diez y de a cien, que le han prendido en el manto con alfileras. En 1949, al terminar la procesión, le bajaron de encima la cantidad fabulosa de \$ 9.051!

No en vano San Cono se ha instalado en medio de la República. Todo lo uruguayo lo conmueve. Y cuando en una tierra lejana, once charruás desesperaban de una victoria, bastó que Julito Pérez prometiera peregrinar a pie desde Montevideo a Florida con la camiseta celeste puesta, si ganaban, para que Brasil perdiera la batalla de Maracanã. Ese milagro —más grande que el de hacer salir el 03 todos los días— lleva firma de San Cono. El score (2 a 1), si se le suma, da el luminoso 03. Y los autores de los goles (única condición que San Cono puso) fueron Schiaffino y Ghiggia, dos inmigrantes de la madre Italia, como el Santo mismo. En vitrina colgada en la capilla se encuentra ahora la camiseta de Julio Pérez. Y San Cono la exhibe, como muestra de que él a nadie que le tenga fe, deja en la estacada. Uruguayo a carta cabal, San Cono trajo hasta el colegiado. Y todo, porque lo integran 9 hombres, que es múltiplo de 03, y que representan a tres partidos...

San Cono es el santo pierna, amigo derecho, incapaz de una fallitería. San Cono es el santo que lleva en sí el aire y el gesto popular de la Iglesia Católica de siempre. El que se entrevera y el que te quiere a muerte, por lo que tenés de bueno y por lo que tenés de humano y de malo. San Cono es el santo de los inspectores municipales, y de los suboficiales de policía —esos que llevan la jugada de quiniela arrollada en tubito, adentro del caño del revólver—. San Cono es el santo que corre con los tiempos y que comprendió que, más que en una hermosa aspiración o en el perfume de una buena acción, la gracia de Dios puede estar a veces en los ochenta o cien pesos que acertés en la quiniela y con los cuales te pongas al día de la cuenta del gas o del verdulero. San Cono es el santo que sabe que, cuando los hombres no son capaces de subir hasta los santos, los santos tienen que bajar hasta los hombres. San Cono es el santo que sabe que los hombres, de tan chicos que somos, sólo podemos creer en aquello que necesitamos. San Cono, en fin, es nuestro santo, porque es el único santo a nuestra imagen y semejanza que hay en todo el santoral.

Y por eso yo casi mato a uno el otro día. Sucedió en la calle 18 frente a un pizarrón de quiniela. Era el 3 de junio y a la cabeza figuraba, como era lógico, el 03. El mismo número aparecía otra vez repetido en el lugar 17, como subrayando la salida a la cabeza, para que nadie pudiera atribuirle a error u omisión. Yo, como todos comprenden, me encontraba lo más tranquilo. Me hubiera dado francamente vergüenza demostrar sorpresa por el hecho tan natural de que los santos del cielo hagan milagros. ¿Para qué están acaso? Me hubiera extrañado, por ejemplo, que

Federico García Capurro o que el Dr. Regules hicieran milagros. Pero que los haga San Cono, de ningún modo.

Pero viene un tipo que yo no conocía y me dice: "El 03! —me dice. Parece cosa del diablo!"

La gente, viejo, es así. Se encuentra siempre más pronta a creer en el diablo que en el santo. . . Pero usted no haga caso. Usted crea. Crea en cualquier cosa. Crea en San Cono y crea en la quiniela, que al fin y al cabo, desde que está oficializada, es el símbolo del poder temporal, y del Estado. Pero crea.

Y cuando vea que alguien no cree en San Cono, desconfíe de él. Ese descreído, viejo, es un comunista en ciernes!

Y a nosotros, que no lo somos, nos toca defender este brote volcánico de milagrería que auspicia una nueva era de catedrales que se levantarán hacia el cielo, no para "rascarlo" —como los edificios de nuestras desesperanzadas ciudades actuales— sino para rendirle el homenaje del hombre que sabe que jamás, abandonado a sus solas fuerzas terrenas, será capaz de acertar a la cabeza tan matemáticamente.

A Santa Rita, que es la abogada de los imposibles; a San Vicente, que es el patrono de los pobres; a San Antonio, que lo es de los sin novia; a San José de Cupertino, que es el de los estudiantes; a Santa Lucía, que es la abogada de la vista y a Santa Cecilia, que es la patrona de la música; a San Francisco, en fin, que es el santo de los animales (y por extensión, de los diputados) bien podemos agregar un santo más, que defienda a los seguidores del 03.

Nosotros, por nuestra parte, rendidos ante la evidencia, nos declaramos ya para siempre devotos de San Cono. Y puesto que su capacidad de hacer milagros parece la más potente de todo el Santoral, queremos desde hoy y desde aquí elevarle nuestro ruego. Y pedirle que él, que todo lo puede, le dé una manito a nuestro pobre Hospital Vilardebó y lo arregle.

¡Ese sí que sería un milagro digno de que lo reconociera hasta Stalin!